

Historia del Real Monasterio

«En una maravilla, compendio de todas las que celebró la antigüedad, ofreció el prudentísimo Rey Filipo Segundo á Dios un cielo en la tierra; al ínclito mártir español Laurencio una basilica del cielo; á sus padres un mausoleo christiano; á los monjes hijos de Jerónimo una habitación insigne, y al Orbe una fábrica digna de la mayor admiración» (1).

He aquí retratado en pocas palabras el objeto y carácter de esta insigne fundación del mundo español cristiano.

El día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557, libróse ruda batalla bajo los muros de San Quintín, ciudad francesa, atacada por las tropas de Felipe II, al mando de Filiberto Emmanuel, Duque de Saboya, y á cuya plaza intentaba socorrer el Condestable Montmorency, aunque inútilmente por cierto.

El Monarca español, al día siguiente de tan brillantísima victoria, se trasladó al campamento desde Cambray para presenciar el asalto de San Quintín, llevado á cabo heroicamente el día 27 del mismo mes y año.

A la rendición de esta plaza siguióse las de Chatelette y de Han: París, la orgullosa capital de Francia, creyó ver ya dentro de sus muros los aguerridos tercios españoles, y Enrique II tuvo que aceptar la paz impuesta por el hijo de Carlos V en el tratado de Chateau-Cambresis.

Estos gloriosísimos triunfos, al comienzo de su reinado, inspiraron en su víspera, como voto, ó después, como acción de gracias, en el ánimo de Felipe II, el propósito de perpetuar la memoria de aquéllos hechos con la creación de un templo donde á todas horas se alabase al Dios de los ejércitos que tan liberalmente le había favorecido.

Añádese que Felipe II, para verificar el asalto de San Quintín, había tenido que batir y destrozár un Monasterio de San Lorenzo, que estaba junto á dicha plaza, y que se propuso suplir con otro mejor aquél que los azares de la guerra le habían obligado á cañonear.

Alimentando tan generosos intentos y hallándose todavía en Flandes, recibió Felipe II la noticia del fallecimiento de su augusto padre el Emperador D. Carlos, ocurrido en San Jerónimo de Yuste (Plasencia) á las dos de la madrugada del 21 de Septiembre de 1558.

(1) *Descripción del Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, maravilla del mundo*, por el Padre Fr. Francisco de los Santos, lector que ha sido de Escritura Sagrada y Rector en el Colegio Real de la misma casa, folio 1.º, Madrid, 1687.

Don Carlos, en su último codicilo, encomendaba á su hijo los cuidados referentes á su sepultura y á la de su inolvidable esposa Doña Isabel, cuyo cadáver, provisionalmente, se hallaba en la catedral de Granada.

Y he aquí un tercer motivo, que confirmó el deseo de Felipe II de erigir el Monasterio á que nos referimos: el de dar á sus augustísimos padres tumba digna de su renombre y poderío.

Elección de sitio para el Monasterio

Felipe II dejó encomendados los asuntos de los Países-Bajos, como Gobernadora de ellos, á su hermana Doña Margarita, Duquesa de Parma, y regresó á España, llegando al puerto de Laredo á fines de Agosto de 1559.

Trasladada la corte desde Valladolid á Madrid, empezó Felipe á buscar en las inmediaciones lugar á propósito para construir el edificio proyectado. De ordinario iba á pasar todos los años la Semana Santa á Guisando, convento de Jerónimos situado cerca de los famosos *Toros* de aquel nombre, entre Cebreros y Cadalso. Es allí bravía la naturaleza, serrano el horizonte, abruptos los circuitos, altísimos los peñascales, entre los que crece indómito el jaral, y se ostentan, como en eterna primavera, el brezo y los helechos, el tomillo y los silvestres jaramagos. Aquellos paisajes agradaban al Rey Felipe; pero la distancia de Madrid era grande relativamente, y recorrió las faldas del Guadarrama buscando punto más cercano. Pensó también en Aranjuez, y lo abandonó por los muchos obstáculos que ofrecía.

Al cabo, y aferrado en su primera idea de elegir terreno entre Guisando y el Real de Manzanares, nombró una comisión de arquitectos, médicos y filósofos, que visitaron detenidamente las estribaciones de la sierra en busca de lugar adecuado á sus intentos.

Esta comisión estudió el Real de Manzanares, el despoblado de la Fresneda, el ameno sitio de la Alberquilla, y dió con los espesos jarales del Escorial, al abrigo del Guadarrama, terreno abundante en aguas, fértil por su suelo, agradable por su clima, de excelentes canteras de granito, con cerrados pinares en sus inmediaciones, elementos todos favorables á la realización de tan vastísimo proyecto. La distancia, por otra parte, ni era tan grande que impidiese el abandono de los negocios de Estado, que en la Corte se habían de despachar, ni tan próxima que no permitiera el retiro apetecido para dedicarse á la oración y la meditación religiosas, sin temor á los bullicios del mundo.

Pensó D. Felipe en la Orden de San Jerónimo (1), recientemente establecida en España, amada de Carlos V, y de la cual era devotísimo su hijo.

Así, en el capítulo general celebrado por dicha Orden en San Jerónimo de Lupiana (Guadalajara), el año 1561, se preguntó de parte del Rey *si aceptaría la Orden un Monasterio que pensaba edificar á honra y gloria de Dios, dedicado al mártir español San Lorenzo.—Que viesen lo que en esto les parecía y señalasen desde luego personas que, con título de Prior, Vicario y otros cargos, fuesen á tomar posesión del sitio.*

El Capítulo contestó en el acto aceptando tan señalada distinción y nombrando como Prior y fundador de El Escorial al Padre Fr. Juan de Huete, profeso del Monasterio de Zamora, y como Vicario al Padre Fr. Juan de Colmenar, profeso del convento de Guisando.

El día de San Andrés, 30 de Noviembre de 1561, se reunieron, según carta de Felipe II, 14 del mismo mes, en la villa de Guadarrama, además del Prior y del Vicario electos, el Secretario de S. M. Pedro de Hoyos, el famoso arquitecto Juan Bautista de Toledo, el Prior de San Jerónimo de Madrid, Fr. Guiérrez de León, y algunos otros monjes que les acompañaban, al objeto de examinar si el sitio reunía las condiciones que la Orden de San Jerónimo necesitaba.

Ocurrió que, al subir la comision el repecho que hay desde lo que ahora es la Estación del ferrocarril al Real Sitio, se desencadenó violentísimo huracán, que destrozó cuanto á su paso se oponía; mas los comisionados no retrocedieron, y siguieron adelante, dando luego al Rey los informes más favorables respecto al lugar elegido.

Felipe II fué á pasar la Semana Santa, según su costumbre, á Guisando, en compañía del Duque de Alba, del Prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, del Marqués de Cortes, de D. Francisco Benavides, Marqués de las Navas, Marqués de Chinchón y otros caballeros, y de su Arquitecto Mayor Juan Bautista de Toledo, que tenía ya muy adelantados el plano y trazas del monumento.

Salió de Guisando el Rey el segundo día de Pascua, aumentando su séquito con los Padres Fr. Juan de Colmenar, Fr. Juan de San Jerónimo y Fr. Miguel de la Cruz, yendo á pernoctar de noche á El Escorial, para reconocer en detalle todos los accidentes de la localidad.

(1) Hallábase establecida en Italia, y en España habia, de años antes, ermitas de este nombre; pero canónicamente la estableció, fundó y confirmó en nuestro país el Papa Gregorio XI, por Bula dada en Aviñón el día de San Lucas Evangelista, 18 de Octubre de 1373, nombrando como primer prelado de dicha Orden á Fr. Pedro Fernández Pecha, Camarero que había sido del Rey D. Alfonso XI, y luego de su hijo D. Pedro I de Castilla.

Era entonces tan pobre y miserable la villa de El Escorial, que ni los escribanos y alguaciles de Segovia tenían conocimiento de su existencia, y, según testigos oculares, las casas no tenían ventanas ni chimeneas, haciendo vida común los hombres y las bestias. Todo lo que ahora ocupa la *Octava Maravilla del Mundo*, era entonces espesísimo jaral, albergue de pastores y cabreros, que allí establecían sus rediles, no sin miedo á las alimañas. Dentro de estas malezas había dos fuentes naturales: la de *Blasco Sancho* (algún ganadero rico), ahora la del *Estribo*, junto al estanque grande de la huerta, y la de *Mata-las-fuentes*, luego fuente de la Reina, hoy perdida, en el camino que va á las Navas.

Comenzóse el arranque de los jarales á principios de Abril de 1562, y apenas acabado, quiso Felipe II que en su presencia se acordelase y estacase el terreno, señalando las líneas de los cimientos, operación que llevó á cabo el eminente Bautista de Toledo.

Tiróse la primera línea de Oriente á Poniente en una extensión de 580 pies castellanos. En sus extremos se levantaron dos perpendiculares, de Norte á Mediodía, de 375 pies cada una, y se cerró el paralelogramo con otra línea de 950 pies. Todo este recinto recibió, por orden de Felipe II, el nombre de *Real Sitio de San Lorenzo*.

Hállase situado á los 40° y 35' de la latitud septentrional y cercado por diferentes picachos, cuyas alturas, sobre el nivel de la Lonja, son las siguientes:

	Pies castellanos
El primero de los Ermitaños.....	1.488
El segundo de los Ermitaños.....	1.464
El que se levanta sobre El Castañar.....	1.103
El de Machota.....	1.688
El de San Benito.....	2.610
El cabo de la Torrecilla.....	1.759
El del Alojero.....	1.937
El del Helechar.....	1.695
El de Malagón.....	1.919
El de la Cruz de Enmedio.....	1.899

Principio y curso de las obras.

Fué nombrado proveedor y contador de ellas Andrés de Almaguer, natural de Almorox, provincia de Toledo, á quien luego se unió, por

orden del Rey, para llevar los libros de cuentas, el padre Fr. Juan de San Jerónimo.

Y las dirigía el célebre arquitecto Juan Bautista de Toledo, además escultor, dibujante, perito en las lenguas griega y latina, filósofo y matemático, autor del tratado del *Cuerpo cúbico*, que se conserva en la Biblioteca de El Escorial.

Era su ayudante, como obrero mayor, el padre Fr. Antonio de Villacastín, monje Jerónimo de la clase de coristas legos, profeso en el Monasterio de la Sista de Toledo, que había demostrado sus grandes talentos para edificar dirigiendo la obra de la habitación de Carlos V en San Jerónimo de Yuste.

Juan de Paz vino por pagador; por aparejador ó maestro principal de cantería, Pedro de Tolosa; encargado de las canteras y de toda la piedra que se recibía, Fray Francisco de la Armedilla, y maestro mayor de carpintería, el italiano Jusepe Flecha.

Preparábanse materiales de todas clases, y aquellos lugares, antes tan solitarios, resonaban al estruendo de los picos, de los barrenos y del hacha del leñador, en tanto que se cortaban para maderas los bosques de Balsaín, de Guadarrama, Pinares Llanos, el Quejigal y Navaluen-ga, y que cientos de aserradores preparaban el maderamen necesario.

Pasó todo el año de 1562 y principios del siguiente en preparar el terreno, abrir las zanjas para los cimientos y aglomerar materiales de todas clases; pero cuando ya todo estaba preparado, Felipe II, falto de recursos económicos, tuvo que acudir á las Cortes de Monzón, y suspendió los trabajos; mas parece que el Contador Andrés de Almaguer dió noticia á S. M. de cierto aviso, del cual se sacaron dineros para proseguir la obra de este monasterio, las cuales duraron hasta que S. M. señaló el dinero que se había de gastar, y la obra, interrumpida un momento, continuó su marcha.

Para darla mayor impulso, Felipe II mandó que se asociara á Juan Bautista de Toledo el insigne arquitecto Juan de Herrera, que luego había de eclipsar la fama y gloria de su maestro (1).

Se colocó la primera piedra de este famoso edificio el día 23 de

(1) Juan de Herrera Bustamante nació en la villa de Camargo, merindad de Trasmiera, en las Asturias que llaman de Santillana, en 1550, y murió en Madrid el año de 1597. De su talento dan claro testimonio las notables obras artísticas que llevó á cabo en muchos sitios de España, pero principalmente en El Escorial, Madrid, Sevilla, Valladolid, Toledo, Aranjuez y Talavera de la Reina.

Abril de 1563, debajo de donde ahora está el asiento del Prior en el refectorio, grabando en ella el mismo Herrera estas leyendas. En la cara superior :

DEUS O. M. OPERI ASPICIAT.

En la de la derecha :

PHILIPUS II. HISPANIARUM REX A

FUNDAMENTIS ERIGIT

MDLXIII.

En la de la izquierda :

JOANNES BAPTISTA ARCHITECTUS

MAIOR IX. KAL. MAII.

Asistió á esta ceremonia el inolvidable lego obrero Villacastín, quien, invitado para que ayudase á colocar en su sitio dicha primera piedra, respondió modesta y sencillamente: *Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo*; y Dios, no sólo le concedió este deseo, sino que le otorgó una vida tan larga, que murió en 1602. Esta última piedra está señalada con una cruz negra, debajo del alero del empizarrado, á mano izquierda, según se entra, del patio de los Reyes, y fué colocada el día 23 de Junio de 1582.

Felipe II asistió á la colocación de la primera piedra del templo, no del edificio en general, llevando en su compañía á Fray Bernardo de la Fresneda, su confesor, que ya era entonces Obispo de Cuenca; acto que se verificó el día de San Bernardo, 20 de Agosto de 1563, junto al sitio en que ahora está la reja que da entrada á la sacristía.

Alojado el Rey con la mayor pobreza, cuidaba, sin embargo, de que nada faltase á los operarios, encargando á los maestros y sobrestantes *que no los sacasen de su paso, é hiciesen de modo que lo que ganasen, más pareciese limosna que jornal*, mandando además, por Real orden de 18 de Enero de 1563, refrendada por su Secretario Pedro de Hoyos, que á ninguno de los maestros, oficiales, peones ni destajeros de la fábrica se les cobrase ningún tributo mientras durase la obra.

Las trazas de Juan Bautista de Toledo se habían hecho calculando 50 monjes para el Monasterio; mas pensando el Rey que ese número era

insuficiente para cuidar de tan vasto edificio, se asesoró del lego Villacastín, quien sin menoscabar la fama del Arquitecto Mayor, propuso que sin variar la planta primitiva, se levantase la obra otro tanto más, como ahora se ve, puesto que los cimientos resistían, doblando así el número de las habitaciones y hermoseando todo el maravilloso conjunto de monumento tan soberbio.

El talento del soberano que atendía á la edificación material, no descuidaba proporcionar recursos al Monasterio, y compró en 1563, de herederos de Gómez Villalba, las dos dehesas del Quejigal y Navaluenga, la primera en 11.335.909 maravedises de aquella época, y la segunda por precio de 5.200 ducados. Luego adquirió sucesivamente la Herrería, la Fresneda, el Campillo y Monasterio, con sus términos monjonales. Posteriormente compró á los frailes Jerónimos de Guadalupe, por valor de 2.037.900 maravedises, la finca de San Sadornín, llamada el *Santo*, á orillas del rio Alberche, y al mismo tiempo consiguió del Papa Pío V una bula anejando, en lo espiritual y temporal, con todas sus posesiones, al Monasterio de San Lorenzo, la Abadía de Santa María la Real de Parraces, situada á cinco leguas de Segovia, que perteneció á los canónigos reglares de San Agustín, y de la cual se tomó posesión por Fr. Juan del Espinar en 1567.

Prosigue la historia en el reinado de Felipe II.

Animado Felipe II del propósito de establecer en San Lorenzo un Seminario de *santos* y *de sabios*, y en tanto que el edificio se preparaba, le colocó en Santa María la Real de Parraces, cumpliendo así, además, lo prevenido en la sesión 23 del Concilio de Trento.

En este Seminario se reunieron 24 niños que, bajo la dirección del monje Rector, habían de aprender religión, moral y buenas costumbres, y gramática y retórica que enseñaría un repetidor ó pasante. También se creó allí un colegio para artes y ciencias eclesiásticas para 24 monjes de San Jerónimo, 12 para artes y otros tantos para teología, además de 12 becas para seminaristas. Todas estas plazas eran gratuitas, y se costeaba alimento y vestido de las rentas del Monasterio, permitiéndose la asistencia pública á las aulas, cuya validación de estudios se hallaba incorporada á la Universidad de Alcalá de Henares.

Las obras de San Lorenzo no avanzaban tanto como el Rey quisiera, pero no se podía hacer otra cosa.

Rezando vísperas de la Octava de Todos los Santos, el año de 1571, en la iglesia provisional del Monasterio hallábase Felipe II, cuando

entró D. Pedro Manuel, caballero de su cámara que, manifestando gran alegría en su semblante, dijo al Rey de España: *Señor, aquí está el correo de D. Juan de Austria, que trae la nueva de una gran victoria*. Era la noticia de la memorable gloriosa jornada de Lepanto, en que quedó abatido y humillado el poder de la Media Luna; pero D. Felipe continuó impassible con toda su proverbial grandeza de ánimo, ordenando luego se cantase el *Te Deum*, recibiendo alegremente las enhorabuenas y disponiendo que al otro día se celebrase un aniversario por todos cuantos habían sucumbido en tan inolvidable expedición.

De ella eran trofeos militares el estandarte real de los turcos, primorosamente bordado, y un Alcorán magníficamente escrito, además de cuatro farolas de la capitana enemiga, dos de las cuales se llevaron á Nuestra Señora de Guadalupe, depositándose el resto, por orden de D. Felipe, en la Biblioteca de San Lorenzo.

Cuando ya la Comunidad estuvo instalada en El Escorial, Felipe II le dirigió la siguiente carta:

«El Rey. = Venerables y devotos PP. Prior, frailes y convento de San Lorenzo el Real: Ya debéis saber que por nuestra orden y mandado estaban depositados los cuerpos de la Serma. Reina Doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, y del Sermo. Príncipe D. Carlos, mi hijo, que sea en gloria, en los Monasterios de monjas de la Madre de Dios de la Consolación de las Descalzas y de Santo Domingo el Real, extramuros de la villa de Madrid, por el tiempo que fuese nuestra voluntad, hasta que otra cosa proveyésemos; y porque agora hemos ordenado que los dichos cuerpos se entreguen, como se ha hecho, á los RR. en Cristo PP. Obispos de Salamanca y Zamora, electo de Sigüenza, del nuestro Consejo, y á los Duques de Arcos y Escalona, para que se trasladen y lleven á ese Monasterio, como lo hacen, y vos lo encarguen, os encargamos y mandamos los recibáis luego en vuestro poder, y pongáis en la iglesia de prestado deste Monasterio, en la bóveda que está debajo del altar mayor della, para que estén allí en depósito; y se haga escritura dello en la forma que convenga, hasta tanto que se hayan de enterrar y poner en la iglesia principal del, en la parte y lugar que Nos mandaremos señalar; que esta es nuestra voluntad. Fecha en el Pardo á 6 de Junio de 1573. = Yo EL REY.»

Esta traslación y entrega se llevó á cabo con gran pompa y solemnidad, acompañando los cuerpos reales, además de los personajes ya citados y multitud de religiosos, el Limosnero Mayor D. Luis Manrique, D. Rodrigo Manuel, capitán de la Guardia de á caballo, con sus soldados, y otros muchos empleados y domésticos de la Casa Real.

Dijéronse por cada uno sus misas, vigiliias y sermones; se les colocó

en una pequeña bóveda que aún hoy se conserva debajo del altar mayor de la iglesia vieja, y encima de cada una de las cajas se puso una cartela con estas leyendas:

En este ataud está la Reina Doña Isabel, tercera mujer del Rey Don Felipe nuestro Señor, segundo de este nombre. Fué hija de Enrico II y de Doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia; la cual murió en la villa de Madrid, en la Casa Real, á 3 de Octubre, vispera del bienaventurado San Francisco, año de 1568. Fué depositado su cuerpo en el Monasterio de las Descalzas, y desde allí fué trasladado á este Monasterio de San Lorenzo el Real á 7 de Junio de 1573.

Y en el del Príncipe D. Carlos:

En este ataud está el cuerpo del Sermo. Príncipe D. Carlos, hijo primogénito del muy católico Rey D. Felipe, segundo de este nombre, nuestro Señor, fundador de este Monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la Princesa Doña María, su primera mujer; el cual murió en la villa de Madrid en el Palacio Real, vigilia del apóstol Santiago, á 24 dias del mes de Julio de 1568, á los 23 años de su edad. Nació á 9 de Julio de 1545 en la villa de Valladolid. Fué depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid, en el Monasterio de monjas de Santo Domingo el Real, y de allí fué trasladado á este Monasterio por mandato del mismo Rey, su padre, á 7 de Junio de 1573.

También se hizo, en el mismo año, la traslación desde el campo santo á los claustros menores, de los restos mortales de los monjes fallecidos.

Habitaba la familia Real en San Lorenzo, y el día de este santo, año de 1573, se sintió la Reina Doña Ana con dolores de parto, queriendo trasladarse inmediatamente á Madrid; mas no pudo pasar de Galapagar, donde, en la noche del 12, dió á luz al infante Carlos Lorenzo.

A 8 de Diciembre del mismo año 1573 falleció en El Escorial la Reina de Portugal, Doña Juana, hermana de Felipe II, cuyo cuerpo fué trasladado á las Descalzas Reales de Madrid, que aquella ilustre Señora había fundado.

Prosigue el reinado de Felipe II.

Después de tan fúnebres sucesos, aún continuó el Rey D. Felipe la obra de trasladar nuevos cadáveres de su familia á este regio panteón.

En 22 de Enero de 1574 escribió al Vicario del Escorial (porque el Prior se hallaba ausente) carta, refrendada por su Secretario de Cámara Antonio Gracián, dándole instrucciones al efecto.

Llegaron primero los cadáveres de los Emperadores Cárlos V y Doña Isabel, padres de Felipe II; de las tías de éste, Doña María y Doña Leonor, y de los hermanos del mismo, los Infantes D. Fernando y D. Juan, conducidos todos por el Obispo de Jaén y por el Duque de Alcalá. Pasaron la noche del 2 de Febrero en el pueblo de Valdemorillo, y llegaron á San Lorenzo al día siguiente, haciéndoles la Comunidad el recibimiento y honras que á su alta clase correspondían.

El día 6 del mismo mes, otra luctuosa comitiva, presidida por el Obispo de Salamanca y el Marqués de Aguilar, llegaba á San Lorenzo, por el camino de Guadarrama, conduciendo los cuerpos de la Reina Doña Juana, madre del Emperador Carlos V, y de la hermana de éste, Doña María, Reina de Hungría. El cadáver de Doña Juana, la *Loca*, no fué depositado allí, sino que, terminado el funeral, fué entregado al Obispo de Jaén y al Duque de Alcalá para conducirle á la catedral de Granada, donde con su esposo Felipe I descansa esperando la eterna resurrección.

Las obras de la iglesia, que no habían salido de cimientos, adelantaban muy poco, y el plano de Juan Bautista de Toledo no era del agrado de Felipe II, maestro peritísimo en achaques de arquitectura, por lo cual fué variado, tal como ahora se contempla, después de estudiar los diseños más hermosos de todos los templos del mundo, y con arreglo al presentado por un italiano llamado Pachote.

El insigne lego Villacastín quiso solemnizar este principio de las nuevas obras de la iglesia, y organizó notabilísima función con todos los escuadrones de obreros, que terminó el 7 de Marzo con la corrida de un novillo muy bravo.

El día 15 del mismo mes llegó á El Escorial D. Juan de Austria, el ilustre vencedor en Lepanto, y después de examinar con detenimiento toda la fábrica, visitó á los monjes uno por uno, pero especialmente á Fr. Juan del Colmenar y al Prior Fr. Hernando de Ciudad-Real, acostados en cama por su avanzada edad y muchísimos achaques, despidiéndose para Valladolid á fin de visitar á la esposa del capitán Luis Méndez Quijada, que le había servido de madre.

Hallándose Felipe II con su familia en San Lorenzo, en dicho año de 1575, le fueron presentadas las quijadas de un enorme cetáceo muerto de un cañonazo en las playas de Valencia junto al lago de la Albufera, el día del Corpus de 1574, animal desconocido, y cuyas mandíbulas se conservan, desde entonces, en el zaguan de la puerta de las cocinas.

En 25 de Septiembre de 1575 se trasladaron al Escorial el Colegio y Seminario que provisionalmente se habían establecido, como ya hemos dicho, en Parraces.

El día de San Basilio, 14 de Junio del mismo año, se sentaron las basas de los gigantes pilares que sostienen la bóveda del templo; pero la obra avanzaba con tanta lentitud, á cargo de los maestros aparejadores Tolosa y Escalante, que Felipe II, á quien asaltaba el temor de no conocerla terminada, comisionó al Conde de Chinchón para que explorase el ánimo del lego Villacastín acerca de los medios que se pudieran emplear para dar mayor impulso á la edificación; y refiérese que el lego contestó con estas breves y significativas palabras: *Si S. M. quiere ver pronto concluida la iglesia, que traiga muchos cabos*. No entendió el Conde la respuesta, mas cogió á Villacastín por un brazo, y llevó al lego delante del Monarca, en presencia del cual manifestó que todo dependía de aumentar los maestros y dar las obras á destajo.

D. Felipe mandó despachar, en Noviembre de 1575, cédulas por todo el Reino, llamando maestros que quisieran presentarse en El Escorial, el día de Navidad, para hacer proposiciones, dividiendo la obra de la iglesia el P. Villacastín y Juan de Herrera en diez lotes ó destajos, con sus correspondientes pliegos de condiciones.

Nuevo sistema de edificación

Sin que se sepa por qué, Juan Bautista de Toledo abandonó la dirección de las obras, encargándose de ellas definitivamente el famoso Juan de Herrera.

Presentáronse 60 maestros destajeros al concurso, de los cuales fueron elegidos no más que 20, fijándose las condiciones siguientes: 1.^a Que cada destajo ó lote sería tomado por dos maestros para que, si el uno muriese, quedara el otro; 2.^a Que cada destajo había de contar, cuando menos, 40 oficiales; 3.^a Que á cada uno de éstos se les abonaría 200 ducados mensuales; y 4.^a Que, terminado el contrato, se tasaría la obra por la *Comisión de fábrica*, y con arreglo á su informe serían pagados los destajeros.

Propuso Juan de Herrera que las piedras se trajesen todas labradas de las canteras, de modo que no hubiera más que sentarlas por una de sus caras, puliéndolas y escodándolas después de colocadas, con lo cual se economizaba mucho tiempo y dinero. Este método, entonces desconocido, halló rudísima oposición por parte de todos; mas al fin triunfó en el claro y penetrante ingenio de Felipe II, que lo mandó adoptar en todas sus partes, dando por resultado que, al terminar el año 1576, subió la fábrica del templo por igual 30 pies, ó sea hasta el nivel de la planta segunda.

Desde El Pardo escribió Felipe II, á 9 de Noviembre de 1576, para

que fuesen por un Crucifijo de mármol que le regalaba el Gran Duque de Toscana, el cual Crucifijo fué conducido á hombros á El Escorial, según había venido desde Barcelona, por 50 peones que mandaba Bautista de Cabrera. Esta famosa obra de arte era debida al cincel incomparable de Benvenuto Zelino, y de ella nos ocuparemos en su lugar respectivo.

Por entonces comenzaron las obras de la Biblioteca, de que hablaremos en su tiempo y sazón.

Vino á turbar la paz y sosiego con que las obras se desarrollaban, un incidente que pudo ser grave y lamentable, dado el carácter justiciero de Felipe II.

El día 20 de Mayo de 1577, un cantero vizcaíno, que había cometido un delito de poca monta, se refugió, huyendo de la autoridad, en la iglesia del pueblo. De ella le sacó, á viva fuerza, el licenciado Muñoz, Alcalde Mayor de El Escorial, llevándole á la cárcel con otros tres compañeros. Todos los canteros vizcaínos hicieron suya la ofensa y se amotinaron furiosamente contra el Alcalde, tocando á rebato la campana de las obras, dando libertad á los presos, enarbolando una bandera negra y haciendo que el Alcalde huyera á esconderse en la sierra. Acudió Felipe II, desde Madrid, con gran golpe de soldados, dispuesto á ejecutar terrible escarmiento, aunque ya el sosiego se había restablecido; y únicamente el P. Villacastín pudo aplacar su enojo echándose á sus plantas y pronunciando estas elocuentísimas palabras: *Señor, es indispensable que V. M. perdone á estos pobres, que no han pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios.* Con lo cual, sólo el que enarboló la bandera, el que tocó la campana y algunos otros fueron echados á remar en las galeras del Rey.

El primer día de la Pascua de Pentecostés, el Príncipe Alberto de Austria, hijo del Emperador Maximiliano, recibió en El Escorial el capelo cardenalicio concedido por el Papa Gregorio XIII; y al día siguiente el Nuncio de Su Santidad celebró misa pontifical para entregar á la Reina Doña Ana la Rosa de Oro que el Padre Santo bendice en la Dominica cuarta de Cuaresma, actos religiosos solemnísimos que D. Felipe presenció con inmensa alegría de su corazón.

Desastres y castigos en El Escorial.—Otros detalles

Entre once y doce de la noche del 21 de Junio de 1577 estalló una horrorosa tempestad que atemorizó á todos los habitantes de El Escorial, y de la cual se desprendieron algunos rayos. Uno de ellos incendió

el capitel de la torre de Poniente, ahora llamada de la Botica. Derritiéronse once hermosas campanas, produciendo un arroyo de plomo y otros metales que corrían por la escalera. Felipe II, acompañado del anciano Duque de Alba y del Marqués de los Vélez y otros caballeros, se colocó en el claustro de la enfermería, frente á la torre incendiada. Sacáronse en procesión multitud de reliquias. Se pensó en cortar los empizarrados inmediatos, á lo cual se opuso el P. Villacastín, asegurando que el fuego no saldría de los muros de la torre, y que la cruz de hierro y bola de bronce en que remataba el capitel, caerían al jardín, donde ningún daño podrían ocasionar, como así sucedió, quedando el fuego extinguido á las seis de la mañana.

Desde el motín de los canteros corrían voces siniestras acerca de un supuesto perro negro que saltaba todas las noches por el andamiaje, lanzando aullidos lastimeros. La noticia circuló rápidamente por toda España, asegurándose que era un aviso del cielo contra el despilfarro de dinero empleado para enriquecer á los frailes á costa de la miseria de los pueblos oprimidos por la alcabala. Una noche, hallándose los monjes en maitines, se oyeron aquellos lúgubres aullidos espantosos. El miedo suspendió los cánticos sagrados, y únicamente el P. Villacastín y otro fraile, después de acabado el coro, se atrevieron á dirigirse hacia donde los aullidos resonaban. Y en una de las bóvedas de los jardines hallaron un arrogante sabueso castizo que tenía en grande estima su amo el Marqués de las Navas, pobre animal que echaba de menos á su dueño, pero que fué ahorcado en castigo del susto, de un antepecho del claustro principal.

Otro triste, aunque más grave suceso, ocurrió el día 7 de Noviembre del mismo año. Un joven de 24 de edad, hijo de un panadero de la Reina Doña Ana, se ocultaba en un jaral muy espeso que había por bajo de la cocina del Rey, para entregarse á los vergonzosos y abominables deleites sodomíticos. Descubierto, preso y convicto, fué condenado á ser quemado vivo, con arreglo á las leyes de aquel tiempo. Leyéronle la sentencia, y Fr. Juan de Quemada y Fr. Juan de Santa María le prodigaron los auxilios religiosos hasta que sufrió la muerte, según se cree, en el punto en que todavía existe una cruz de piedra colocada sobre una roca, dentro de la cerca del jardín del Príncipe.

Durante el año de 1578 las obras avanzaban con pasmosa rapidez exteriormente, y en el interior se realizaban maravillosos trabajos de pintura por afamados artistas como el Mudo, Luqueto, Zúcharo, Peregrín y otros muchos. Se escribían y miniaban los libros del coro; se bordaban bellísimos ornamentos y se improvisaban fundiciones y talleres para los metales, al soplo vivificador y renaciente de escultores,

cinceladores, bronceistas y plateros que labraban imágenes, los adornos y alhajas para el templo y sus numerosas dependencias.

En los pinares de Cuenca, Balsaín, Las Navas, Quejigal, Navaluen-ga y otros varios, resonaban constantemente las hachas de los madere-ros. En las canteras de jaspe del Burgo de Osma y de Espeja se arran-caban abundantes y preciosos mármoles. Los blancos para pavimientos, de las sierras de Filabres, Estremoz y Las Navas. Los pardos, negros, verdes y sanguíneos, en las riberas del Genil, cabe Granada, en Ara-cena, Urda y otros sitios; fundíanse grandes estatuas de bronce para la capilla mayor y entierros reales, en Florencia y en Milán. Toledo su-ministraba candelabros, ciriales, lámparas, campanillas, cruces, nave-tas é incensarios de plata. Flandes, sus candelabros vaciados en bronce y sus lienzos al temple para las celdas. El naturalista Hernández reco-gía en los bosques de América plantas desconocidas y animales raros que Fr. Juan de San Jerónimo pintaba en cuadros para las habitaciones de Felipe II, y que desgraciadamente se han perdido. Las fábricas de seda de Toledo, Valencia, Talavera de la Reina y Sevilla proporcio-naban incomparables ropas y ternos. Cuenca y Guadalajara, sus rejas para las ventanas y balcones. Zaragoza, las grandes puertas de bronce que cierran los arcos de la iglesia. Y en Madrid el famoso Jacobo de Trezzo labraba el riquísimo tabernáculo, gloria de su nombre y or-ullo de las artes españolas en el siglo xvi.

Pero aquel año fué año de desdichas para el piadosísimo Felipe II. Su sobrino el Rey de Portugal, D. Sebastián, desoyendo los prudentes conse-jos de su experimentado tío, perdió la vida en Alcazarquivir (Africa), peleando contra infieles. El 24 de Septiembre fallecía en el palacio de Madrid el Príncipe Wenceslao, su sobrino también, poco antes nombrado Gran Prior de la Orden de San Juan. A fines del mismo mes llegó la no-ticia de la muerte del bizarrísimo D. Juan de Austria, el héroe de Lepan-to, hermano natural del Rey, y el 18 de Octubre fallecía en San Jeróni-mo del Prado de Madrid, el Príncipe D. Fernando, hijo de Felipe II.

El Maestre de Campo, D. Gabriel Niño, recibió el encargo de pasar á Flandes para traer á El Escorial el cadáver de D. Juan de Austria, recibido en Parraces por el Obispo de Avila, D. Busto de Villegas, y depositado en el panteón provisional el 24 de Mayo de 1579.

El día 12 de Marzo se puso la primera cimbra para el arco toral del antepecho del coro, que se acabó de cerrar el 4 de Abril; y el 18 del mismo mes quedó claudicada la bóveda de la primera capilla que se terminó, que fué la de las reliquias, junto á la de San Juan, donde ahora descansan provisionalmente los despojos mortales de la Reina Mercedes de Orleans, primera mujer de D. Alfonso XII.

En 23 de Diciembre se colocaron las jambas y dinteles del pórtico principal, cuyas piedras exceden de 24 pies de largo, y de las cuales una de ellas, que pesó 1.200 arrobas, tuvo que ser llevada en cangrejo tirado por 48 pares de bueyes.

Viaje de Felipe II á Portugal.—Primeros divinos oficios en la iglesia de San Lorenzo.

La muerte, sin sucesor, del Rey de Portugal D. Sebastián, obligó á su tío Felipe II, á quien legítimamente correspondía la corona, á partir para Lisboa, saliendo de Madrid el 5 de Marzo de 1580. Estando en Badajoz fué acometido de un catarro pestilencial que puso en gravísimo riesgo su vida. Apenas restablecido, acometió la misma enfermedad á la Reina Doña Ana, que murió de ella el 26 de Octubre de dicho año. Su cadáver llegó á El Escorial el 11 de Noviembre, acompañado por el Obispo de Badajoz y por el Duque de Osuna; y á sus exequias, que fueron extraordinarias, asistieron todos los músicos de la Santa Iglesia Primada de Toledo y los de la Capilla Real, celebrando la misa el Arzobispo de Toledo, Quiroga, y predicando D. García de Loaisa, Maestro del Príncipe D. Felipe, luego tercero de este nombre, y electo Arzobispo de Toledo también.

Desde Badajoz remitió Felipe II aprobados los diseños para las dos sillerías del coro, adelantando las obras en todo el año 1581 de una manera notable.

En 23 de Junio de 1582 se colocó la última piedra del templo, acto que se celebró con solemne *Te Deum*, y con la fijación en dicho día de la cruz y veleta sobre la aguja del cimborrio.

Coincidencia notable la de este año fué también la del arreglo del Calendario, que se llamó *Corrección gregoriana*, y por la cual el día 8 de Octubre, en que empezó á regir, se contó como 15 del mismo mes, en cuyo día tomó posesión el quinto Prior de El Escorial, Fr. Miguel de Alaejos, y se llevó de Madrid el reloj de torre que por espacio de un siglo marcó las horas en aquel Real Sitio.

En 21 de Noviembre falleció en Madrid el Príncipe D. Diego, que fué sepultado, con los demás cuerpos reales, en San Lorenzo de El Escorial.

A principios de 1583 se acabaron las dos torres de la entrada de la iglesia, el claustro principal de Palacio, gran parte de los aposentos reales, el pórtico del edificio, y á 21 de Marzo se colocó encima de la

puerta la estatua de San Lorenzo y el escudo de armas que simboliza la realeza de aquella casa.

Felipe II, de regreso de Portugal, pasó por el Quejigal, posesión que había regalado á los monjes, y en la cual se construía, bajo la dirección del arquitecto Móra, una gran casa de labor, y se hacía un plantío de millón y medio de cepas y más de ocho mil olivos.

Llegó á San Lorenzo en la mañana del 24 de Marzo, siendo recibido majestuosamente por los obreros y por las tres Comunidades, la del Convento, la del Seminario y la del Colegio, con magnífico *Te Deum*.

A 21 de Julio se terminó el empizarrado y se colocó la bola y la cruz de la torre, llamada ahora la Lucerna del Colegio.

En 24 de Febrero de 1584 se acabó de quitar, no sin miedo, la cimbra de la iglesia, operación que dirigió el lego Fr. Antonio de Villacastín, y se comenzaron á poner los mármoles blancos, de Filabres, y pardos, de Extremoz, cortados y preparados para el pavimento.

Desde el 30 de Julio hasta el 5 de Agosto se colocaron sobre sus pedestales los seis reyes de la entrada del templo, se cerró el patio principal y se puso la última piedra del edificio por mano del famoso lego Fr. Antonio de Villacastín, que refiere así el hecho en sus memorias:

«En 13 dias de Septiembre de 1584 se sentó la postrera piedra deste edificio de San Lorenzo el Real, que fué una cornisa en la parte del pórtico á la mano izquierda como entramos por el patio del pórtico, en la cual se mira una cruz negra en el papo de paloma, y en el sobrelecho della se hizo una caja adonde se puso en un escrito en pergamino el dia y año, los Evangelios con otras cosas santas, y quién era Rey y Papa y Prior desta casa, y otras cosas de memorias. Hizose esto veinte y dos años después que se comenzó esta fábrica, y más cinco meses. Era Prior desta casa el P. Fr. Miguel de Alaejos, profeso de San Jerónimo de Yuste, y obrero el P. Fr. Antonio de Villacastín, el cual lo era cuando se asentó la primera piedra; de manera que el obrero que comenzó este edificio, lo acabó, etc.»

Los ilustres pintores Fernández Navarrete, llamado el Mudo, Federico Zúcharo, Lucas Cambiasio, ó Luqueto, Rómulo Cincinato, Peregrín Tibaldi, Bartolomé Carducho, Caravajal, Sánchez Coello, Barroso, los dos hijos del famoso Bergamasco, Francisco Urbino y otros de menor importancia, continuaban pintando, los unos, cuadros al óleo para los altares, y los otros, frescos y bóvedas del templo y de los claustros, en tanto que los modestos legos Fr. Andrés de León y Fr. Julián de Fuente el Saz, con Ambrosio de Salazar, miniaban las hermosas viñetas de los libros de coro, que escribieran el benedictino Fr. Martín de Palencia, el valenciano Cristóbal Ramirez, Francisco Hernández y otros varios.

Los carpinteros y ebanistas Flecha y Gamboa acomodaban la estantería de la Biblioteca y las sillas y cajones del coro. Masigiles y sus hijos encuadraban los órganos de la iglesia, y Jacobo de Trezzo colocaba en la capilla mayor el tabernáculo y los bellísimos entierros reales.

De regreso de Aragón, trajo Felipe II algunas reliquias, entre ellas un hueso de la cadera de San Lorenzo y la cabeza de San Hermenegildo, con plenísimo jubileo concedido por el Papa Gregorio XIII.

En 5 de Agosto, el Obispo de Rosa, de la Orden de San Francisco, Fr. Buenaventura Mateo Almerico, consagró 50 aras para los altares; al día siguiente bendijo la iglesia principal, y el día 9 hizo la misma ceremonia particularmente con todos los altares, para lo cual se encendieron las lámparas por primera vez.

Dicho día 9 de Agosto de 1586 se trasladó á la iglesia principal el Santísimo Sacramento, en presencia de D. Felipe y de toda la corte, con una pompa solemnísima, diciéndose por el Prior, terminada la procesión, la Misa del Espíritu Santo.

En esa fecha, vispera de San Lorenzo, el glorioso patrón tutelar del Monasterio, ocupó, por primera vez, Felipe II su silla del coro, curiosamente contemplada hoy por todos los viajeros.

A 18 de Octubre de 1586 escribió el Rey desde El Pardo á la Comunidad para que trasladasen los cuerpos reales á la bóveda, debajo del altar mayor, como así se hizo; bóveda de la cual no queda sino una pequeña parte, y que no ocupaba el sitio del actual panteón, labrado luego por Felipe IV, sino el espacio comprendido debajo del presbiterio.

Varias noticias

A los comienzos del año 1587 gozaba Felipe II viendo á los hermanos Fabricio y Granelio concluir los frescos de las salas capitulares, y se recreaba contemplando cómo avanzaban las pinturas del claustro principal bajo, encomendadas á dos artistas italianos, Peregrín Tibaldi y Rómulo Cincinato, y á dos españoles, Caravajal y Barroso, aunque los tres últimos sólo hicieron cada uno las estaciones al óleo de un ángulo, y los arcos inmediatos, al fresco, pues todo lo demás lo dibujó Tibaldi y lo pintaron sus oficiales.

Allí, en San Lorenzo, pasó el Rey el 13 de Abril, noveno cumpleaños del Príncipe heredero D. Felipe, y allí también recibió la infausta nueva de la decapitación de María Stuard, Reina de Escocia, por la cual se celebraron solemnísimas honras fúnebres, colocando, entre las

reliquias, un magnífico diamante tabla, de la propiedad de dicha señora, que, con la noticia de su muerte, D. Felipe había recibido.

El día 16 partió Felipe II para Toledo, acompañado de sus hijos, á fin de recibir el cuerpo de Santa Leocadia.

Volvió á El Escorial el 7 de Agosto, y ordenó que el 9, víspera de San Lorenzo, se iluminase toda la iglesia principal, lo cual se hizo con velas de cera, ofreciendo un espectáculo deslumbrador.

Por este tiempo quedaron terminados el Colegio y el Seminario, fijando el número de colegiales monjes en 32, los niños seminaristas en 40, y además cuatro fámulos internos que les sirvieran, y estudiasen también á la vez.

Las oficinas y asuntos políticos necesitaban, como los oficiales, para hospedarse, edificios adecuados; y Felipe II, siempre vigilante y previsor, mandó construir las dos magníficas casas, llamadas de Oficios, que se levantan frente á la fachada Norte del Monasterio. Entre ambos edificios quedó una espaciosa plaza, cercada con antepecho de piedra, que es lo que se llama la Lonja, á las bandas de Norte y de Poniente. De igual modo, y hacia este último lado, el arquitecto Juan de Mora levantaba otro edificio, la Compañía, con destino á los almacenes, cámaras, bodegas y oficinas necesarias á una tan numerosa comunidad.

Felipe II había concebido, desde el principio de la fundación, la idea de una Biblioteca, acerca de cuyo propósito se leen estas palabras en las instrucciones que dió para la impresión de la Biblia regia por Arias Montano: *Esta es una de las principales riquezas que yo queria dejar á los religiosos que en él hubiesen de residir, como lo más útil y necesario*; palabras que, bien á las claras, demuestran el amor del Rey hacia la ciencia y la cultura de nuestro país, por más que la calumnia haya pretendido hacer creer otra cosa.

De tan rico tesoro bibliográfico, que empezó á acumularse en El Escorial en 1575, y que se aumentó considerablemente con los libros que pertenecieron á D. Diego de Mendoza, según describiremos más al pormenor en su lugar correspondiente, fué primer bibliotecario el P. Fr. Juan de San Jerónimo, hombre de grandísimos conocimientos en este ramo.

Aquí, en San Lorenzo, recibió Felipe II, en 1588, la infausta nueva de haber sido destruída la famosa armada *Invencible*, enviada contra Inglaterra, exclamando con imperturbable serenidad: *Yo la mandaba contra los hombres, no contra los vientos y huracanes*.

A 22 de Marzo de 1589 se colocó en su sitio el magnífico facistol del coro, estrenado en las honras fúnebres que se celebraron por el alma de Doña Catalina de Médicis, Reina de Francia y madre política de Felipe II.

El 6 de Agosto de dicho año murió el Prior Fr. Miguel de Alaejos, hombre de tan excelentes dotes de inteligencia y de gobierno, que el mismo Rey, cuando supo la desgracia, dijo en su alabanza estas palabras: *Tarde toparán los frailes otro Fr. Miguel de Alaejos.*

Por entonces terminó Zúcharo los cuadros de pintura del altar mayor, y se empezaron á colocar en él las primeras estatuas de bronce que le adornan; y por cierto que al subir la de San Juan Evangelista, que es de siete pies de altura y tiene más de 600 arrobas de peso, se rompió la maroma, y vino al suelo, aunque sin causar el menor desperfecto.

Las últimas estatuas del cuerpo superior de dicho altar quedaron colocadas los días 3, 4 y 5 de Septiembre de 1590.

El 23 de Agosto de 1591 llegó á San Lorenzo el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Darío Bocarin, acompañado del Maestro de Ceremonias Guido, y encargados por el Papa Gregorio XIV de entregar el estoque y sombrero bendecidos por él en la noche de Navidad al Príncipe heredero D. Felipe, y la rosa á su hermana la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia.

Los ataques de gota comenzaban á molestar en alto grado al anciano Monarca de dos mundos, por cuyo motivo no pudo ir al Escorial la Semana Santa de 1592.

El año siguiente de 1593 pasó en San Lorenzo la mayor parte del verano, viendo acabar las pinturas, estantería y pavimento de la Biblioteca, colocar en su patio las estatuas de los Evangelistas, adelantar la obra de la Compañía, solar la Lonja y cerrar sus antepechos.

Quiso el Rey premiar de algún modo los extraordinarios servicios que la villa le prestaba, y resolvió que por su cuenta personal se edificase la iglesia que ahora posee, cuyas obras dieron principio el 1.º de Enero de 1594, habiendo durado solos 15 meses después de firmado el contrato en 12 de Enero de aquel año, entre Fr. Antonio de Villacastín y el maestro de cantería Pedro Gutierrez Ramírez.

Estaba ya terminado y bendecido el templo principal del Monasterio; pero quiso Felipe II que fuese consagrado solemnemente con arreglo á la antiquísima costumbre del pueblo cristiano, para cuyo acto se señaló el día 30 de Agosto de 1595.

El Patriarca de Alejandría y Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, hizo publicar en la víspera de la consagración un ayuno general para todos los monjes, criados y dependientes del Monasterio, así como para los vecinos del Sitio y del pueblo de El Escorial; escogió varias reliquias, algunas de ellas de los doce Apóstoles, de San Lorenzo y de otros santos, y las colocó dentro de un precioso vaso que había de ser

enterrado en el Altar Mayor, añadiendo tres granos de incienso y un pergamino escrito en latín, cuya leyenda, traducida al castellano, dice de este modo: *En el año MDXCV, á 30 días del mes de Agosto, Yo Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandria, Nuncio Apostólico en los reinos de España, consagré esta iglesia y este altar en honra de San Lorenzo, y encerré en él las reliquias de San Lorenzo y de los doce Apóstoles, San Esteban y otros mártires, y concedí á todos los fieles hoy un año, y en el día del aniversario de esta consagración 40 días de verdadera indulgencia á todos los que la visitaren, en la forma que se acostumbra en la Iglesia.*

Además se colocaron sobre los arcos principales del templo once círculos de mármol blanco y en cada uno de ellos una cruz de jaspe encarnado obscuro, y el duodécimo círculo detrás del altar mayor, imprimiéndose también gran número de libros con el Oficio de la Consagración, á fin de que cada uno de los asistentes llevara el suyo y de que los monjes supiesen lo que hablan de cantar y practicar en aquel acto.

Las crónicas del convento refieren que Felipe II quiso que en la noche de la víspera no se conociesen las tinieblas en el edificio, para lo cual fué profusa y maravillosamente iluminado con millares de lámparas de barro en todas sus líneas, hasta en las agujas y esferas del cimborrio, haciéndose conducir el Monarca, ya muy molesto por la gota, en silla de manos, al claustro principal y á otros sitios, en tanto que el Príncipe recorría á caballo los campos inmediatos para gozar de aquel encantador espectáculo.

La sublime ceremonia de la consagración se verificó al día siguiente con regia pompa y solemne majestad, que por ser breves omitimos.

El achacoso Felipe II lo contempló todo desde el coro y las galerías, reemplazándole su hijo en los actos oficiales, al cual el Nuncio dijo, entre otras cosas: *Es necesario que V. A. diga qué obligaciones y cargas deja el Rey, vuestro Padre, á este Monasterio, y con qué rentas ha dotado ó piensa dotar á esta iglesia. A lo que el Príncipe contestó: Para la razón del dote es la dehesa del Quejigal y Navaluenga, la de Herrería y de la Fresneda y el Espadañal, heredades conocidas con muchas posesiones que les están ya agregadas. También la Abadía de Parraces, que es muy amplia, y el Priorato de Santo Tomé y otros muchos beneficios eclesiásticos, que á instancia de mi señor Padre ha concedido y unido para siempre la Sede Apostólica; y sin esto también se proveerán otras cosas con las condiciones, obligaciones y cargas que á mi Padre le pareciere dejar, como es razón, á esta tan insigne casa y convento, y á los religiosos que en ella viven. Ya tenéis la respuesta de lo que se me pide.*

Y acto continuo entregó al Secretario de Estado, D. Martín de Idiáquez, un pliego, leído en alta voz, y en el cual se detallaban las pose-

siones, bienes y beneficios eclesiásticos con que Felipe II dotaba al Monasterio, levantándose acta ante D. Juan Beltrán de Guevara y Figueroa, Protonotario Apostólico, documento que firmó, refrendó y selló el Nuncio Camilo Cayetano.

En los días inmediatos se consagraron los altares colaterales y los cuarenta restantes del templo, colocando en cada uno de ellos varias y preciadas reliquias de Santos.

Aumento de reliquias sagradas.—Muerte de Felipe II

De años atrás, y con las licencias, breves y privilegios necesarios de los Sumos Pontífices, tenía Felipe II nombrada una Comisión, compuesta del Padre Fr. Baltasar Delgado, de la Orden de San Agustín; del Doctor Cristiano Lavenverch; del Doctor en Derecho Georgio Braunio, Comisario apostólico especial, y de Rolando Weierstras, Notario apostólico, para recoger en Alemania y otras partes todas las reliquias que encontrasen, á cualquier gasto que fuese.

Esta Comisión salió de Colonia Agripina, orillas del Rhin, el 30 de Diciembre de 1597, trayendo varias cajas de reliquias santas, con las cuales llegaron al puerto de Barcelona el 16 de Marzo de 1598, desde donde Gabriel de Roy vino en posta para avisar á Felipe II y recibir sus órdenes, que consistieron en llegar secretamente hasta Barajas, y luego entrar, el 8 de Mayo, con las reliquias en el Palacio de Madrid, para que el Rey las contemplara, y examinase sus correspondientes auténticas.

Estas reliquias llegaron á San Lorenzo el 12 de Junio, acompañadas por Fr. Baltasar Delgado y Fr. Martín de Villanueva, siendo colocadas en sus depósitos en medio de una procesión solemnisima.

Devorado por una intensa calentura ética, todavía quiso Felipe II volver á El Escorial, adonde se hizo conducir desde Madrid, para nunca más regresar, en brazos de hombres y por medio de una silla que le permitía ir casi echado. Marchando despacio tan triste comitiva, que salió de la capital el 30 de Junio de 1598, llegó seis días más tarde á la Fresneda, acompañado de sus hijos, reanimándose algo en presencia del Prior y de algunos monjes que salieron á recibirle. Allí pasó la noche, llegando el día 7 á San Lorenzo.

El día 8, tendido en la silla, casi moribundo, recorrió por última vez, en hombros de sus criados, los principales departamentos de aquel incomparable Monasterio, su *testamento de piedra*, como ha dicho un

ilustrado escritor, que él había concebido en su grandeza de ánimo, y que había sabido levantar con su inteligencia y poderío.

Sobreviniéronle unas tercianas, que á duras penas, y en el estado de debilidad en que se hallaba, pudieron cortarle sus médicos de cámara García de Oñate y Andrés Zamudio de Alfaro, á quienes se había agregado el Doctor Juan Gómez de Sanabria; pero, al mediar la noche del 22 de Julio, la fiebre apareció con mayor fuerza, aumentándose en los días sucesivos. Al séptimo se le presentó en el muslo derecho, más arriba de la rodilla, un tumor que fué preciso sajarle.

Avisado del peligro de muerte, llamó á su confesor Fr. Diego de Yepes para hacer confesión general de todas sus culpas, ordenando además que, en su presencia, D. Cristóbal de Mora leyera al Padre Yepes estas palabras: *Padre, vos estáis en lugar de Dios, y os protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijéredes que he menester para mi salvación, y así por vos estará lo que yo no hiciera, porque estoy aparejado para hacerlo todo.*

Dos días antes de que le abriesen el muslo quiso que le llevaran á la alcoba algunas reliquias de su devoción particular; y su confesor, el del Príncipe, que lo era Fr. Gaspar de Córdoba, y Fr. García de Santa María, Prior del Monasterio, con sobrepellices y estolas, le dieron á adorar, el primero, una rodilla de San Sebastián; el segundo, una costilla de San Albano, que le había remitido el Papa Clemente VIII con indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y otra para que todo sacerdote que celebrase misa en cualquier altar del Monasterio, y cuantas veces quisiere, sacase su ánima del Purgatorio. El Prior le presentó un brazo de San Vicente Ferrer.

Hízole la operación, el día 6 de Agosto, el cirujano de Cámara Juan de Vergara, operación rápida, pero cruelísima, que no arrancó una sola queja á aquel varón fortísimo que disimulaba el sufrimiento oyendo leer los misterios de la Pasión, según San Mateo, mandados recitar á su confesor.

Demás de la herida que produjo el bisturí, se le abrieron otras dos bocas, por las cuales arrojaba gran cantidad de materias corrompidas.

«La mano del Señor—dice el Padre Quevedo—parecía aglomerar males y multiplicar dolores sobre aquel sufrido Monarca. La debilidad producida por enfermedades tan largas, el ardor de la calentura que le consumía, la sed insaciable de la hidropesía, los rabiosos dolores de las úlceras, todo le mortificaba y le aniquilaba á la vez. Los crecimientos eran mayores cada día; cada minuto que prolongaba su existencia parecía un milagro; y á pesar de esto, aún se descubría aquella alma de acero, aquél espíritu insensible, luchando frente á frente y desafian-

do tanto mal. Cincuenta y tres días duró en este estado, siempre en una misma postura, que era boca arriba, sin poderse mover á ningún lado, ni ser posible mudarle la ropa de debajo; de modo que con las evacuaciones naturales, la podre de las postemas, lo que se derramaba de los medicamentos y el sudor de la tisis, se hallaba medio sumergido en el muladar más asqueroso, en la cloaca más inmundada que puede imaginarse, despidiendo un hedor insoportable, que hacía padecer horriblemente á un hombre que toda su vida había sido tan pulcro y delicado, que no había podido sufrir ni la más pequeña mancha en el suelo, ni una leve raya en la pared. La asquerosa podredumbre en que yacía se comunicó á su cuerpo, y sus espaldas y asientos se convirtieron en una enorme llaga, tan fétida y asquerosa como la causa que la había producido; de modo que desde el dedo pulgar del pie hasta lo alto de la cabeza no tenía nada sano. A los treinta y cinco días de cama le pusieron una ayuda de caldo de ave con azúcar, la cual le produjo unas cámaras pestilenciales, tan abundantes y continuas, que solas ellas hubieran bastado para destruir en poco tiempo la naturaleza más robusta. Este nuevo accidente aumentaba sus padecimientos de un modo extraordinario, porque aquellos vapores corrompidos que no podía menos de aspirar, ó le causaban letargos profundísimos de que era necesario despertarle, ó insomnios terribles con los cuales no descansaba un momento. En una palabra, el tormento que á todas horas sufría es imponderable.»

Así moría Felipe II, soberano de la octava parte de la superficie de la tierra, adorando las innumerables reliquias de santos que de las cortinas de su cama se hallaban colgadas.

En aquellos últimos momentos de su vida mandaba entregar incessantemente á su confesor ó á su limosnero Loaisa, gruesas cantidades para misas, para dotar huérfanas, para socorrer viudas y pobres, para fundar casas de religión, para erigir altares y enriquecer santuarios, para alimentar, en fin, hospitales, y otras muchas obras de caridad, de esas que ganan las almas para el cielo.

Supo que habían venido las bulas para el electo Arzobispo de Toledo, García de Loaisa, y mandó llamar al Nuncio Camilo Cayetano, al Obispo de Segovia, D. Andrés Pacheco, y al Obispo de Osma, para que solemnemente se celebrara la consagración de aquel Prelado en la capilla mayor del Monasterio para poder presenciarla desde su lecho de muerte, como se verificó el día 16 de Agosto.

Terminada la referida solemnidad, pidió al Nuncio rogase al Santo Padre su bendición apostólica é indulgencia plenaria para la hora de la muerte; y, despachado á Roma un correo extraordinario, volvió, antes de morir el Rey, con aquellos tesoros espirituales.